

*Conversación
con la oscuridad*

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Mariana Enriquez, *Conversación con la oscuridad*

Primera edición: octubre de 2026

ISBN: 978-84-8393-391-6

Depósito legal: M-18461-2026

THEMA: DNL

© Mariana Enriquez, 2026

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© Del prólogo: Inti Soledad Bustos, 2026

© De la ilustración de cubierta: Lula Mari, 2026

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Imprime: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Mariana Enriquez

*Conversación
con la oscuridad*

Teorías, intuiciones y escritura del miedo



ÍNDICE

ESCUCHAR LA OSCURIDAD	9
<i>por Mariana Enriquez</i>	
PRÓLOGO. Conjurar oscuridades, invocar a la médium. .	17
<i>por Inti Soledad Bustos</i>	
 PRIMERA VÉRTEBRA:	
Espacios e intersticios	23
SEGUNDA VÉRTEBRA:	
Tiempos góticos	57
TERCERA VÉRTEBRA:	
Subjetividades	83
CUARTA VÉRTEBRA:	
Los cuerpos	123
QUINTA VÉRTEBRA:	
La fractura expuesta del trauma.	159
 NOTAS	191
GALERÍA DE FOTOGRAFÍAS DE LA AUTORA.	249
ÍNDICE ONOMÁSTICO	259

ESCUCHAR LA OSCURIDAD

MARIANA ENRIQUEZ

En abril de 2025 concluía mi anterior libro *Archipiélago. Una formación lectora en veinte islas* en Launceston, con la incertidumbre de la posible pérdida de mis libros, que viajaban de Argentina a Tasmania, mi nueva residencia:

«Siento que la casa está vacía y espero. Tengo que decir que también fantaseo con el naufragio. Perderlos a todos sería tener la obligación de armar una nueva biblioteca y me entusiasma ese duelo, cómo será empezar la vida después¹».

Si leer me movió a reflexionar sobre mi biblioteca, escribir me invita ahora a hacerlo sobre mi propia narrativa, siempre vinculada a mis libros. Mi juventud fue de una lectura insaciable en contacto con el universo del terror, el fantástico oscuro y el gótico –no puedo inclinarme por una denominación–. Tenía pocos compañeros con quienes compartir libros y autores, lo que convirtió mis inicios en una experiencia solitaria. Coleccionaba las selecciones de la editorial Plaza & Janés; revisaba las pilas

CONVERSACIÓN CON LA OSCURIDAD

de libros usados; en mis antologías de cuentos ponía estrellitas en el índice a los narradores que me gustaban.

Desde la adolescencia llevo una lista de los libros que leo y, entre los primeros cincuenta, hay veinte títulos pertenecientes al género del terror que conviven con las lecturas obligatorias de secundaria. Se trata de textos que van desde Daphne du Maurier a Stephen King, pasando por Borges, Lovecraft, Stevenson, Matheson, Bradbury, Poe, Wilde, Emily Brontë o Henry James. En algunos de estos libros, el contenido se limitaba a pequeños ensayos sobre el cuento de fantasmas o la literatura gótica.

Cuando empecé a escribir, con la intuición de que debía reapropiarme del terror realista de Stephen King y el morbo romántico de Emily Brontë, no recurrí a ningún tipo de ensayo ni análisis sobre el género. *Danza macabra* (1981), de King, debió de ser mi primer acercamiento a la teoría sobre el terror, junto con los libros de Juan Jacobo Bajaría, enorme escritor y poeta argentino que dedicó ensayos fundamentales a estos temas en volúmenes como *Drácula, el vampirismo y Bram Stoker* (1992), *Lovecraft, el horror sobrenatural* (1996) y en sus estudios sobre las vanguardias –*Literatura de vanguardia* (1956) o *El vanguardismo poético en América y España* (1957)–. Por Alejandra Pizarnik llegué al surrealismo y a Erzsébet Báthory, la condesa sangrienta; por las colecciones arrojadas a saldo de Emecé conocí a Peter Straub. Recuerdo haberme comprado con ilusión un libro usado que se titulaba *El misterio gótico* (1985), de Gérard de Sède, pero para mi sorpresa se centraba sobre todo en el pueblo godo y sus catedrales, y tan solo le dedicaba dos páginas al género literario que a mí me interesaba.

En la década de los noventa, escribía y leía terror simultáneamente, y conseguía los libros en una época en la que la economía argentina, congelada en una semidolarización, me permitía adquirir títulos importados en la primera y no tan nefasta encarnación de Amazon. Porque trabajaba de periodista,

porque vivía intensamente, porque no estudié literatura en la universidad y porque no tuve amigos escritores de género –solo enfermos fanáticos del terror cinematográfico y de la perversión en torno a los asesinos seriales y la magia negra–, encontrar diferentes propuestas teóricas sobre el gótico y el terror fue un camino lento, difícil y, sobre todo, fragmentado.

En el Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente (BAFICI) vi la película *London Orbital* (2002), de Christopher Petit e Iain Sinclair, mi primer encuentro con la psicogeografía. Mi amigo Cristian Alarcón me regaló una edición anotada por Leonard Woolf de *Frankenstein* (1977) que me abrió decenas de puertas. Mi obsesión por los vampiros de Anne Rice me llevó a la sangre, el sexo y la enfermedad, un recorrido que abarcó a los narradores del sida y se extendió a los escritores gays liderados por Oscar Wilde y al *body horror* de Clive Barker. Recuperé la recreación de mitologías y los cuentos de Julio Cortázar, además de todas las narraciones folclóricas argentinas. Cada paseo por la calle Corrientes venía acompañado de un nuevo bestiario. Descubrí líneas que unían los cantos a la noche de Lord Byron y Mary Shelley, y a Federico García Lorca y Novalis. Gracias a la música de Nick Cave, aterricé en el gótico sureño, y lo encontré parecido a las oscuras novelas latinoamericanas de José Donoso, Juan Carlos Onetti o Ernesto Sabato. Y, por supuesto, seguía teniendo muy poca gente cerca con la que compartir todo este inquietante espacio.

Conversación con la oscuridad germinó a partir de un extenso acervo de claves y reflexiones sobre la escritura del miedo, el terror y los géneros afines que comenzó a enriquecerse a partir de la publicación de *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), el primero de mis libros que llamó la atención fuera de Argentina. Esa moderada visibilidad hizo que me empezaran a invitar a encuentros de diversa índole para hablar del miedo, la política o el conurbano, todos esos temas que yo asociaba al terror y que

aparecían en mis cuentos. Estos compromisos profesionales me obligaron a profundizar en ello y, además, a pensar qué escribía, por qué, cuál era la genealogía, cuáles eran mis referentes, mis atmósferas y mis precursores.

Me parece destacable apuntar que estas conversaciones estuvieron pensadas para un público: en algunos casos formado por estudiantes; en otros, por aquellos que me leen. Cuando encuentro interlocutores apropiados y curiosos, comparto lo que aprendí en mi inmersión de cuarenta años en la cultura oscura, el espiritismo y la violencia de nuestras sociedades. *Conversación con la oscuridad* es una invitación al diálogo: una propuesta abierta, compartida y alejada de cualquier esoterismo.

De este modo, en la última década, es cuando mis *conversaciones* se fueron armando y a ellas se sumaron intuiciones, teorías y escritura. Hay autores que se preocupan por investigar y definir el marco teórico relacionado con lo que escriben –yo misma en la actualidad sigo profundizando en el gótico y la hauntología–, pero cuando empecé todo nacía del puro *hacer*, alimentado por influencias dispares de aquí y de allá. De ahí surge la necesidad de dotar a este conjunto de una coherencia y una sistematización que no tenía en su inicio porque, en ese entonces, se trataba de la búsqueda y la construcción en vivo de una poética que ha venido desplegándose progresivamente.

La investigadora argentina Inti Soledad Bustos halló pasadizos conectores y estableció una compilación para dar a leer el contenido de mis clases, conferencias, entrevistas o charlas ofrecidas en años, circunstancias y contextos muy variados. Este libro incluye diálogos que recuerdo muy bien, como el podcast *Marea nocturna* o las entrevistas con Juan Mattio; otros muchos los tengo prolijamente archivados, como las clases que impartí para «Revoluciones íntimas», un ciclo online que me convocó en plena pandemia. Abarca clases magistrales en universidades y encuentros con superestrellas, como el *streamer* Martín Cirio.

Toda una cartografía de la palabra oral que va de Toronto, Montevideo o Santiago de Chile a Palma de Mallorca o Barcelona.

En estas páginas laten las lecturas que me recomendó Rodrigo Fresán, las posibilidades de la ficción de género latinoamericana que abrió Liliana Bodoc, los espectros incesantes de la última dictadura argentina, las narraciones de Alberto Laiseca, la bibliografía recomendada de Bev y Del –dos magos de la *wicca* celta–, los libros de duendes de Siruela y los santorales del litoral, las entrevistas con Kenneth Anger, los cómics de Alan Moore, las páginas de Silvina Ocampo, de Arthur Machen y de las escritoras victorianas.

En los últimos años, la academia y el mercado editorial han cambiado mucho respecto a las escrituras no miméticas que se volvieron prácticamente mainstream. En estas páginas, teorizo, intuyo y formulo algunas respuestas. Al menos, respecto a cómo me ocurrió a mí, que no represento un caso aislado. Si bien ya no me preguntan –tanto– por qué escribo terror y gótico, sí surge la curiosidad sobre mi uso del terror para *hablar de otras cosas*, de cuestiones sociales y políticas, o también sobre si trabajo el horror como metáfora. Son dos cosas distintas y me rebelo profunda y sinceramente ante la sugerencia de que el género es una máscara del realismo. Defiendo la literatura de la imaginación con su estatura propia, no como un atajo o un rodeo.

Cuando decidí escribir terror, tuve que pensar en cuáles eran los miedos y los traumas históricos de mi sociedad, que acabarían siendo a su vez mis traumas y mis miedos personales. Podría haber escrito sobre los monstruos de Lovecraft o el gótico de castillos, o haber sostenido los tropos del género –que es legítimo–, pero me interesó hacer la traducción a nuestro tiempo y pensar cuáles eran los miedos que la ficción brinda como material de construcción. Encontrar el horror propio. Mis (nuestros) terrores. Es ahí precisamente donde surgió la dimensión histórica, política y regional.